

1er Premio. Concurso de Microcuentos navideños

La salvación de la Navidad

Todo empieza en un lugar muy lejano a nuestros tiempos, en los que la alegría no existía. Por cierto, soy Elena y os voy a contar mi historia...

En ese momento yo era una niña pequeña, sólo tenía once años (ahora tengo 12). Yo vivía con mis dos hermanos pequeños, Alicia y Javier. Lo cierto es que los he cuidado toda la vida porque a mis padres los encerró en la cárcel el rey, ya que no tenían dinero para pagarle los impuestos.

Una noche del 24 al 25 de diciembre, mis hermanos y yo estábamos trabajando, haciendo camisetas en una de las fábricas del rey, cuando vimos una estela de luz que pasaba por una rendija de la pared. En ese momento, salimos al patio y... ¡No te imaginarás lo que vimos! Era Santa Claus, San Nicolás, o como aquí lo llamamos, Papá Noel, que surcaba los cielos. De repente, se paró frente a nuestra casa y nos contó que tenía un plan para liberar a la gente de esclavitud del malvado rey Alfonso. El plan de Papá Noel era que mis hermanos distrajesen al rey, mientras él y yo robábamos el dinero y las riquezas por la parte trasera del castillo, para liberar a nuestros padres de las deudas que tenían.

Realmente, el plan salió a la perfección y el rey recibió su merecido. Por fin, nosotros estábamos juntos en familia celebrando la Navidad.

Autora: Elena Fernández Ramírez 1ºESO

2º Premio. Concurso de Microcuentos navideños

El árbol

En Francia, había un pequeño pueblo con gran riqueza, comida y agua abundante por el paso de un río. Sorprendentemente en Navidad traía piedras preciosas y decían que con su paso...

- ¡Mamá! ¡Siempre haces lo mismo! ¡Me dejas con la intriga de los cuentos. ¿Por qué no los terminas? –dijo el niño.
- Porque si lo hiciera, mañana no tendrías tantas ganas de escucharlo. Bueno, ya es hora de dormir- contestó su madre.
- ¡Vale, mamá! ¡Buenas noches!- respondió el niño.

Veinte años después...

- ¿Sí? ¡Dígame!
- Buenas, ¿es usted la señora Leroy? – dijo una voz desde el teléfono.
- Sí, soy yo.
- Perdone, pero su hijo Javert ha fallecido en un accidente de coche.

La mujer no se lo podría creer. Hacía dos años que su hijo se había ido de casa para vivir en la gran ciudad. La mujer, que tanto había luchado, había perdido en una semana a su perro, a su marido y a su hijo.

En el velatorio, un pobre indigente le dio a la mujer una semilla. Lo malo es que, con la poca agua que tenían, no podían regarla.

Así que la mujer volvió a su humilde casa y allí siguió llorando la muerte de sus familiares. Una vez allí, vio la semilla y sin ganas buscó dónde plantarla. A lo lejos, observó que había una montaña a la vera de un río, que parecía un desierto.

Después de un rato, consiguió llegar y plantar la semilla. La regó y se fue. Pero todos los días iba a regarla.

- ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué es esta luz? – dice una misteriosa voz.
- Arbolito querido, que ya saliste de la tierra, en pocos años serás grande y fuerte. No sé si sabes que ... ¡ya es Navidad! – dijo la mujer.

Y luego continuó diciendo:

- Han pasado ya tres años desde que tu semilla planté.

El árbol intentó responder, pero no podía hacer ni un pequeño sonido.

La mujer siguió regándolo cada día y juntos pasaban muchos momentos. La mujer hablaba a su árbol, pero él no podía responder. Navidad, tras Navidad, la mujer, cada vez más mayor, pasaba la noche junto a él. Decía que era porque le gustaba, pero el árbol sabía que no era por eso.

Y cada Navidad, la mujer le decía lo mismo...

- Arbolito querido... No sé si sabes que... ¡ya es Navidad!

Muchos años siguió con ese ritual. Habían pasado treinta años del día en que su hijo había muerto y ella había plantado el árbol.

Un día, antes de Navidad, la anciana fue como de costumbre, pero ese día, tras regarlo, comenzó a llorar. Le dijo al árbol que ella era muy anciana y no le quedaba mucho tiempo de vida. El árbol, aunque no podía llorar por fuera, lloraba por dentro sin control. Sabía que ese día era el último en el que la vería. La anciana, cansada, se acostó y se desvaneció a la vera del árbol. Por la mañana, la encontraron sin vida, acurrucada en el árbol que la vio nacer y crecer.

De la tristeza, las hojas se cayeron y el tronco se empezó a pudrir. La Navidad siguiente, el árbol se cayó justo en la parte en la que estaba el río. Esa Navidad, el cielo y las nubes lloraron como nunca.

El río se llenó tanto que, donde había estado el árbol, se convirtió en una pequeña isla.

Mientras todos los pueblerinos bailaban de alegría por tener agua, el vagabundo, muy anciano, lloraba junto al río caudaloso, pero tras unos minutos llorando, vio hermosas piedras preciosas. Eso significaba que ya no había pobreza para sus nietos y sonrió. Cuando se iba, se fijó en un papel que decía...

-“No sólo la riqueza venía, sino también la vida y las sonrisas”

Autor: Francisco Javier Chacón Castro. 3ºESO